

Quebrantamiento III

“Así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados”, Isaías 57:15, VRV.

Abordamos el problema con el orgullo y enfatizamos que Dios ama la humildad.

El Salmo 51:17 dice: *“Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios”, VRV.*

Dios usa como canales a los corazones quebrantados; no tristes o deprimidos sino trabajados en su presencia. El profeta Eliseo (2° Reyes 3) les dijo a tres reyes que Dios traería agua en medio del desierto, pero ellos debían cavar los pozos. Debían resquebrajar la corteza endurecida de la tierra como preparación para el milagro. 2° Reyes 3:16: *“...¡Caven zanjas y zanjas en este valle!”*, BLA.

“Contrito” proviene de la misma raíz que “molido” o “roto en pedazos”. De ahí que es mucho más que una mala racha, una adversidad o cualquier dificultad. Una persona puede estar mal física o emocionalmente y eventualmente quebrada, pero basta que mejore un poco para que el orgullo regrese con fuerza. “Molido” o “contrito” es la palabra que usa Job para con sus amigos: *“¿Hasta cuándo angustiaréis mi alma, y me moleréis con palabras?”*, Job 19:2, VRV.

Los geólogos dicen que el suelo de nuestro jardín es roca pulverizada por la acción incesante de la naturaleza. De igual forma el corazón contrito es aquel en el que las durezas se han hecho polvo al someterse a la acción de la Palabra y a la Presencia. *“Les daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de ustedes. Les quitaré ese terco corazón de piedra y les daré un corazón tierno y receptivo”, Ezequiel 36:26, NTV.*

Bíblica e históricamente, cada vez que Dios se acercó algo cambió. Abraham renunció a la idolatría. Moisés respondió al llamado. Josué se fortaleció a pesar de su temor e Isaías comprendió el poder de su pecado.

Así como el terreno suave y blando agrada al jardinero, no existe corazón más agradable para Dios que aquel que se quebranta con su toque, que se desarma bajo su poderosa y tierna mano, que obedece por amor sin resistencias ni berrinches.

Los pasos para la constricción de espíritu son:

1. Arrepentimiento, es más que dolor por el pecado. Es un cambio radical. Se experimenta dolor, vergüenza y temor, pero acompañados de un profundo pesar por haber herido a Dios, pues todo pecado es en su contra: *“Contra ti y solo contra ti he pecado; he hecho lo que es malo ante tus ojos”, Salmo 51:4, NTV.* Nuestro pecado hace que los enemigos de Dios blasfemen su nombre, 2° Samuel 12:14.

2. Confesión. 1ª Juan 1:8: *“...si confesamos nuestros pecados a Dios, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad”*, NTV. No como una mera enumeración sino con profundo pesar. El Salmo 32:3 dice: *“Mientras me negué a confesar mi pecado, mi cuerpo se consumió, y gemía todo el día”*. No se puede experimentar arrepentimiento sin una genuina y completa confesión.

3. Restitución. A menudo nuestro pecado ha involucrado a otras personas. Aparte de arrepentirnos y confesar a Dios debemos pedir perdón a esas personas. En Mateo 5:22-24 Jesús dijo: *“...si presentas una ofrenda en el altar del templo y de pronto recuerdas que alguien tiene algo contra ti, deja la ofrenda allí en el altar. Anda y reconcílate con esa persona. Luego ven y presenta tu ofrenda a Dios”*, NTV. Dios no aceptará nuestra adoración y no impartirá su perdón paternal hasta que hayamos restaurado las relaciones rotas. Claro que no hace falta dar detalles de ciertos pecados. Recordemos que Efesios 5:3-4 dice: *“fornicación y toda inmundicia... avaricia, ni aun se nombre entre vosotros... ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías...”*, VRV. Uno debe abstenerse de confesar los detalles del pecado sexual, así como los detalles del mal uso de la lengua que pueden herir profundamente a la persona a la cual se le hace la confesión. Restitución implica devolver aquello que hemos obtenido o retenido de manera incorrecta; es deshacer hasta donde sea posible los resultados de cada maldad con que hemos afectado a otros. Por ejemplo, en los casos del mal uso de la lengua es necesario hacer la confesión a la persona de la que hemos hablado mal y también a quienes les hemos dicho esas cosas. Puede que sus mentes hayan sido influenciadas de una manera maligna hacia esa persona.

¡Ojo! No es cuestión de tiempo. ¿Cómo podemos pensar que lo que hicimos 50 años atrás Él lo olvidó? Si no hubo arrepentimiento, confesión y restitución es como si acabáramos de cometer ese pecado hace dos minutos. Si el Espíritu de Dios produce convicción, entonces Dios está exigiendo que haya confesión y no podemos rechazar esa invitación sin pecar contra nuestras propias almas y multiplicar nuestra culpa.

“Tengan cuidado cuando Dios les llame la atención. No lo rechacen, porque los israelitas que en el pasado lo rechazaron, no escaparon del castigo. En aquella ocasión, cuando Dios les habló, su voz hizo temblar la tierra. Y si nosotros rechazamos a Dios, que nos llama la atención desde el cielo, tampoco escaparemos del castigo...”, Hebreos 12:25-27, TLA.

En tiempos incipientes de avivamiento el Espíritu Santo moviliza a los creyentes a arreglar cuentas. Y lo hace de un modo absolutamente personal. Lo que le pide a uno no es ni parecido a lo que le pide a otro, pero en ambos casos se reconoce la relación con el arrepentimiento, la confesión y la restitución.

Arthur Wallis cuenta que en un grupo que anhelaba un avivamiento nada parecía ocurrir hasta que fueron convencidos de pecado. Un joven que había viajado en tren por unos meses con un boleto

adulterado fue movido a arrepentimiento. Hizo el recorrido hasta la estación en la que se encontraba el gerente, confesó lo que había hecho y restituyó el valor de sus pasajes a la compañía. ¿Representaba algo significativo para la compañía? Claro que no, pero para ese joven y para Dios marcaba toda la diferencia. Dios puede ejercer una tremenda presión sobre nosotros para que nuestras vidas se ajusten a su santa voluntad. En ese mismo grupo una hermana muy consagrada y de mucha oración sintió como si se le cayeran escamas de los ojos y dijo: “Vi mi corazón como nunca antes... y apareció un pecado específico. Debía confesar a una persona a la que había injuriado muchos años atrás. No tenía la fortaleza para hacerlo hasta que hubo tal grado de convencimiento que sentí que si no lo hacía alguna calamidad caería sobre mi hogar. La busqué y confesé mi pecado, pero parcialmente. Tuve cierto nivel de paz. En la siguiente reunión de oración se leyó la historia de Ananías y Safira, en Hechos 5. Ellos sustrajeron parte del precio. Pensé que Dios estaba hablando a otras personas y no a mí. Me acosté esa noche sin preocuparme, pero en la madrugada sentí la mano de Dios llenando el cuarto. Entonces me arrodillé al lado de la cama, preguntando qué hacer. El Señor me dijo: ‘¿Estás dispuesta a pagar el precio del avivamiento?’. ‘¿Cuál es el precio Señor?’, pregunté. ‘Una confesión total’, fue la respuesta. Permanecí en oración hasta que se hizo el día. Mi alma pasó la noche en agonía sintiendo que si no lo hacía mi vida sería cortada”.

Es un asunto profundamente solemne buscar el rostro de Dios para un avivamiento porque Él va a tratar con nosotros de una manera particular. Y nada sustituye a la obediencia. No podemos dar lo que queremos, debemos dar lo que nos pide. 1° Samuel 15:22-23: “*¿Qué es lo que más le agrada al Señor: tus ofrendas quemadas y sacrificios, o que obedezcas a su voz? ¡Escucha! La obediencia es mejor que el sacrificio, y la sumisión es mejor que ofrecer la grasa de carneros. La rebelión es tan pecaminosa como la hechicería, y la terquedad, tan mala como rendir culto a ídolos...*”, NTV.

¿De qué modo estas líneas afectan tu vida? ¿Existe algo que Dios te está pidiendo? Nada sustituye tu obediencia.